

CREANDO IMAGINARIOS DE COMUNIDAD

** El presente texto ha sido elaborado desde la experiencia personal como miembro de los Talleres Educativos y Culturales "TECUS", en el AAHH Enrique Milla Ochoa en Los Olivos, y en base a entrevistas y conversaciones con Jorge Rodríguez y Janet Gutarra, miembros de la Fiesta de Teatro de Calles Abiertas "FITECA" en el barrio de la Balanza en Comas. Además de reuniones con agrupaciones artístico-culturales de Lima de carácter barrial y/o de calle.*

Creo que para evitar la endogamia persistente en el debate del campo institucional de las artes plásticas (de las cuales provengo) es necesario revisar experiencias con amplias trayectorias y con arraigo de lógicas distintas como las que se vienen formando en diversos barrios de Lima. Aprendamos a pensarnos a partir de la diferencia y contra la desigualdad como punto de partida.

La trayectoria cultural como escuela

Las agrupaciones culturales que venimos construyendo vida comunitaria desde hace muchos años en nuestros barrios, distritos, en nuestra ciudad, creemos necesario identificar las principales características que definen nuestras trayectorias con el fin de definir un modelo de desarrollo integral comunitario. Las fuerzas que habitan en nuestros barrios y que hemos compartido desde el arte y la cultura nos han permitido crear imaginarios de presentes solidarios, nos han permitido organizarnos en base a la confianza y el trabajo colectivo, escucharnos, ser escuchados y, sobre todo, hacer de la acción creativa comunitaria la mejor escuela para vivir contra la adversidad, la desigualdad social y la apatía. Creemos que estas experiencias deben ser valoradas concretamente a la hora de gestionar gobiernos municipales, regionales, nacionales, a la hora de plantear políticas públicas y fortalecer ciudadanías, pues ellas forman parte de un camino recorrido, contando con logros visibles en nuestros barrios, guiados por la humildad y la firmeza de un trabajo directo con nuestros vecinos.

Una mirada a los jóvenes de nuestros barrios

Somos de barrios jóvenes, difíciles y vitales, ubicados en mayoría dentro de las zonas más alejadas del centralismo metropolitano. La falta de oportunidades, especialmente para los jóvenes, se ha convertido en una constante del paisaje. El desempleo juvenil ha marcado cifras alarmantes en el presente año (de cada tres desempleados dos son jóvenes¹), lo cual afecta con mayor dramatismo a distritos de alta población juvenil, como los nuestros. Según el INEI la mitad de los pobres en Lima viven en siete de los cuarenta y tres distritos que la componen:

¹ **"De cada tres desempleados dos son jóvenes"**. La República (página web) Jue, 11/02/2010 - 21:41. Véase en: <http://www.larepublica.pe/economia/11/02/2010/de-cada-tres-desempleados-dos-son-jovenes>

San Juan de Lurigancho, Ate Vitarte, Comas, Villa María del Triunfo, San Martín de Porres, Villa El Salvador y Ventanilla (es decir: Lima Norte y Lima Sur). Si bien las zonas periféricas han crecido en dinamismo comercial y económico las desigualdades persisten y uno de los sectores sociales más afectados son los jóvenes.

Sumemos a ello que muchos jóvenes desde inicios de los noventa fueron alejándose de la participación política (e incluso del ejercicio de una ciudadanía activa) valorando como negativa dicha dimensión de la vida social. Esta situación tiene diversas causas que no expondremos aquí, pero sí es necesario subrayar dos consecuencias: el fortalecimiento del camino individual, el cual no terminó de incluir a los jóvenes en el campo laboral ni en espacios de decisión efectiva, y la participación en actividades y organizaciones de corte cultural. Al decrecer la participación organizada por medio de sindicatos y partidos políticos (espacios fuertes para la socialización desde los 50s hasta fines de los 80s) los jóvenes delimitan sus espacios de encuentros desde su identidad de barrio y su identidad de consumo.

Poco a poco lo que parecía ser un escape al mundo privado o una renuncia a su poder social de transformación, empezó a generar elementos para fortalecer nuevos procesos comunitarios. Estos elementos estaban vinculados a un interés por forjar identidades desde una perspectiva de acción barrial o comunitaria frente a los diversos problemas sociales ocasionados por las críticas condiciones de los jóvenes (exclusión y precariedad laboral, pandillaje, tráfico y consumo de drogas, deserción escolar, tasas crecientes de embarazos adolescentes, entre otros). A este proceso ayudó la capacidad de generar un diálogo intergeneracional efectivo, basado en diversas organizaciones culturales que venían trabajando décadas atrás en dichas zonas. La experiencia cultural, con sus potencias y limitaciones, pudo canalizar una parte de las expectativas de algunos jóvenes, generando progresivamente un protagonismo local aun difuso.

Seguido quisiéramos plantear cómo identificamos el papel peculiar del trabajo cultural para reconciliarnos con la política desde nuestros barrios. Proceso arduo y que se presenta en distintos niveles según las características de las agrupaciones, de los propios barrios, del tiempo de trayectoria, de los enfoques y las prioridades de cada realidad. Si bien es difícil hablar de experiencias homogéneas, ya que una característica de estas apuestas culturales es la íntima relación con la dinámica específica de su territorio (de su barrio específico), es posible encontrar elementos del entorno y la de la época que han permitido su formación y desarrollo.

Cultura y política desde el barrio

Partiendo de la mirada de los jóvenes de nuestros barrios (aunque bien podríamos extenderla a otros grupos sociales) la política es percibida como sinónimo de desconfianza, corrupción e intereses privados. Frente a ella nuestro sentido de supervivencia nos cubre de cálculos pragmáticos, inmovilismo o apatía que, finalmente nos indisponen a poder trabajar y soñar con otros en una práctica común para resolver problemas comunes. Pero al contrario de lo que suele decirse, no huimos de la política, aunque la asumimos como ajena a nosotros, la usamos como si no fuera nuestra ni en sus causas ni en sus efectos. Un buen ejemplo es la

investigación de la ONU del 2008 la cual afirma que: *“En el Perú, 70.6% de los jóvenes piensa que la democracia existe, pero funciona mal”*². Bajo esta percepción termina de fortalecerse una delegación de las decisiones políticas a un conjunto de expertos (empíricos o profesionales) ya que no nos vemos con capacidad de transformación ni con voluntad asociativa³. La consecuencia más grave: la acción creadora de la participación juvenil se desalienta y, por ser casi la mitad del electorado, es disputada por distantes actores y formas enajenantes de una democracia que no termina de incluirnos.

La cultura en cambio es percibida generalmente como integradora, creadora de confianza grupal y edificación personal. Sobre ella también recae una mirada pragmática: *“que los chicos se entretengan para que no pierdan su tiempo en cosas malas”* es una frase que solemos escuchar de nuestros vecinos y que, sin dejar de ser importante, muestra un interés puntual e individualizado. Sin embargo nuestras trayectorias nos confirman que sólo es posible alcanzar ese tipo de resultados integradores en la medida que promovemos diversos grados de empatía e identificación como parte de un grupo, de una comunidad (sea del barrio, de las preferencias culturales o de la actividad artística). Del mismo modo, existe una valoración positiva de la dimensión cultural en la vida comunitaria pues sus significados se familiarizan con valores, educación, progreso. Es un imaginario ligado a la idea de progreso como desarrollo de capacidades para la movilidad social.

Y entonces *“¿Cómo construir políticas culturales en medio de estas culturas políticas?”* Hemos advertido que entre los intereses pragmáticos y las valoraciones positivas, abstractas, de “lo cultural” median agrupaciones culturales con capacidad de promover imaginarios de comunidad. Estas agrupaciones se basan en un trabajo cultural de creación colectiva que hacen rimar sus identidades y recursos artísticos con sus contextos barriales, en base a un diálogo permanente que es aprendizaje y enseñanza. Es en esta acción y con esta actitud que se van formando estos imaginarios de comunidad barrial, los cuales permiten vencer en una dinámica focalizada los prejuicios y desconfianzas imperantes. La potencia de promover imaginarios de comunidad nos ha permitido ubicar problemas del barrio, ubicarnos como parte del problema y actuar en pos de solucionarlos vecinalmente. A eso le llamamos “hacer política” desde la cultura y “hacer cultura” desde el barrio, revalorando en ambas la dimensión creadora de la participación colectiva.

Creando imaginarios de comunidad para un desarrollo integral

Así llegamos a nuestras trayectorias dentro de este proceso más amplio que nos demanda capacidades más sólidas para dialogar entre experiencias distintas, profundizar en el reto de construir imaginarios de comunidad para fortalecer la vida comunitaria desde el trabajo cultural, repensar nuestra relación con los gobiernos locales, hacer más públicos nuestros

² Los jóvenes en el Perú: la democracia imaginada. ONU
<http://www.onu.org.pe/Publico/infocus/juventud-democracia-peru.aspx>

³ Ambos puntos están marcados por las complejas consecuencias post-conflicto armado que vivió nuestro país durante veinte años, y por los siguientes veinte años de posicionamiento de un modelo político y económico esencialmente excluyente.

resultados para lograr un reconocimiento más allá de los barrios donde estamos presentes, mejorar nuestros niveles de organización interna y la calidad de nuestros proyectos artísticos, entre muchos otros. Hasta hoy nuestro crecimiento nos ha marcado un conjunto de lecciones, procesos, resultados y retos a futuro. Nuestras líneas de acción se han perfilado de la siguiente manera:

1. Formación de jóvenes a través de talleres culturales.

Como espacio convocante donde aportamos en la transmisión de una formación artístico-cultural que tiene al entorno social inmediato (el barrio) como referente y finalidad. El objetivo central es el desarrollo integral de la persona en comunidad en base al aprendizaje de medios artísticos. Dichos talleres pueden ser al aire libre o en un local (de ello depende el uso de diversas metodologías de enseñanza) pero siempre se enfocan en establecer un diálogo entre las condiciones del barrio, su historia y su presente cotidiano.

2. Creación y promoción de actividades culturales.

La creación como principio de convivencia se basa en la realización de obras culturales en un proceso distinto de relacionarnos, donde la convivencia se pone encima de la competencia. El carácter interno de producción es colectivo y el objetivo es mejorar las capacidades expresivas y comunicacionales con cierta constancia temporal.

3. Construcción de redes internas y externas al barrio.

En el trabajo cultural comunitario los artistas son una parte fundamental de la creación de imaginarios de comunidad. Sin embargo existen diversos actores cuya presencia es imprescindible en distintos niveles. Dirigentes barriales, organizaciones civiles (vaso de leche, comedor, etc.), empresas o comercios de la zona, grupos regionales, vecinos entusiastas, municipalidad, ONGs, entre otros. La capacidad de asociación involucra la capacidad de confiar y saber negociar intereses diversos en pos de acuerdos. Existen redes internas que componen la dinámica participativa del barrio y refuerzan identidades barriales por medio del trabajo y la coordinación. Las redes externas también promueven cierta identidad aunque referida a su dimensión de proyecto cultural, lo cual permite visibilizar la experiencia más allá del barrio y conseguir apoyo institucional y/o de financiamiento.

4. Exposición a la comunidad de los resultados.

Los resultados del trabajo realizado son en este sentido la exigencia de un diálogo que permita la reapropiación de la comunidad. De esta manera los esfuerzos canalizados generan una identificación común en base a resultados concretos (que complementan resultados de mayor aliento como son los resultados formativos). Frente a un contexto social que impone la enajenación de la vida urbana (en tiempos, disposiciones

personales, dinero), este punto ayuda a reforzar una reconquista de la experiencia vital comunitaria.

5. Investigación de propuestas y resultados.

Este es uno de los puntos menos claridad metodológica. Es una parte necesaria del proceso de retroalimentación artística y cultural, imprescindible para mejorar nuestras capacidades creativas y productivas. La investigación se desarrolla en muchos casos desde la aplicación de elementos positivos, o de corrección de elementos negativos encontrados en experiencias anteriores, aunque siempre su eje motivador es la práctica previa o la tarea a futuro.

* Cabe resaltar que siendo diversas las características de nuestras propuestas culturales estas líneas de acción pueden ser variables, e incluso insuficientes. Sin embargo nos permiten definir áreas de trabajo concretas en pos de fortalecer la promoción de imaginarios de comunidad desde la ya mencionada “dimensión creadora de la participación colectiva”. En tal medida es que podemos generar mayores capacidades para identificarnos con los problemas sociales de nuestros entornos y actuar frente a ellos, creando así formas democráticas y progresistas de poder comunal.

Lima, enero de 2011

Guillermo Valdizán Guerrero
Artista visual, gestor cultural, sociólogo
Correo: elminifiesto@hotmail.com
Teléfonos: 991703432 / 2710162